



**DELEUZE Y LA FILOSOFÍA  
DE LA CIENCIA**

Fernando Martín Gallego

## **DELEUZE Y LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA**

**Resumen:** el presente artículo intenta desarrollar una presentación sistemática y de conjunto de algunos de los principales avances de investigación realizados en el marco del proyecto: "El concepto de ciencia en Gilles Deleuze. Functores, referencias y observadores parciales" (PRI 09-033, FFyL, UBA, Argentina). Atendiendo a esta finalidad, el artículo revisa sucesivamente: el lugar que puede asignarse a la cuestión científica en la obra deleuziana, las posibles razones que han tendido a favorecer –en el ámbito de los estudios especializados sobre filosofía de la ciencia– la desatención de su propuesta, la precisa filiación que puede atribuírsele a ella en el marco de la tradición epistemológica francesa, así como también la concepción de la filosofía de la ciencia y del producto de lo científico de sus investigaciones que tiende a seguirse actualmente.

**Palabras clave:** epistemología francesa, interferencia, functor, ontología de la diferencia, representación.

---

## **DELEUZE AND THE PHILOSOPHY OF SCIENCE**

**Abstract:** This article attempts to develop a systematic and comprehensive presentation of some major research advances made upon the project "The concept of science in Gilles Deleuze. Functors, references and partial observers" (PRI 09-033, FFyL, UBA, Argentina). The aim of, the article reviews successively: the place to be allocated to the scientific question within the Deleuzian work, the possible reasons that have tended to favor –in the field of specialized studies in philosophy of science– the neglect of its proposal, the precise parentage that can be attributed to its proposal in the context of the French epistemological tradition, and, the conception of philosophy of science and the scientific product that tends to follow from their investigations, as well.

**Key words:** French epistemology, interference, functor, ontology of difference, representation.

---

**Fecha de recepción:** diciembre 19 de 2009

**Fecha de aceptación:** febrero 22 de 2010

---

**Fernando Martín Gallego:** Doctorando en Ciencias Sociales en el área de filosofía y profesor de enseñanza media, terciaria y superior en Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

**Correo electrónico:** fernandomartingallego@yahoo.com.ar

# DELEUZE Y LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

---

## INTRODUCCIÓN

El pensamiento deleuziano ha impreso su marca singular en las más diversas regiones de la especulación filosófica del siglo XX: la ontología (Deleuze, 2006), la filosofía del lenguaje (Deleuze, 1994b), la ética y la filosofía política (Deleuze y Guattari, 2007). Sus estudios monográficos dedicados a explorar la obra de otros filósofos (Deleuze, 1996b; Deleuze, 1998; Deleuze, 1997; Deleuze, 1996c; Deleuze, 1996a; Deleuze, 1987 y Deleuze, 1989) han aportado innovadoras lecturas al ámbito de la historia de la filosofía. Otro tanto cabe decir con respecto de sus contribuciones al campo de la investigación estética: escritos sobre cine (Deleuze, 1994a y Deleuze, 2005), literatura (Deleuze, 1995 y Deleuze y Guattari, 1998), pintura (Deleuze, 2002) y teatro (Deleuze, 2003).

En parte en función de esta misma proliferación, en parte como consecuencia de otras razones que intentaremos precisar, los aportes realizados por G. Deleuze al espacio de los estudios sobre ciencia –un conjunto de aportes cuyos múltiples entrecruzamientos de su pensamiento con la cuestión científica son evidenciados por su obra– han tendido a resultar casi completamente desatendidos. Se cree, en efecto, que la cuestión científica comporta problemáticas que resultan por completo ajenas a la filosofía deleuziana, que el pensamiento de G. Deleuze es un ejemplo más de ese espíritu anticientífico que caracteriza al “posmodernismo” y que las cuestiones del conocimiento, la verdad y, en general, la naturaleza de la ciencia importan poco o nada al deleuzianismo.

Sea como fuere, una mirada atenta a la profusión de los escritos deleuzianos bien podría permitirnos sostener lo contrario. En efecto, si bien el único lugar que Deleuze ha destinado a abordar “sistemáticamente” la problemática del concepto de ciencia es el capítulo quinto de *¿Qué es la filosofía?* La cuestión epistemológica puede ser considerada como una línea de tensión que atraviesa, cuanto menos, las dos terceras partes de la obra: primero, a partir de la revisión crítica de algunos de los principales conceptos epistemológicos (*i.e.*, ciencia, conocimiento, verdad, etc.) que se desarrolla subterráneamente a lo largo de sus obras monográficas.

Segundo, en la serie de las constantes interferencias sus obras mayores tienden a inducir en –y a experimentar en la acción de– las más diversas áreas de la investigación científica (etnografía, clínica, biología, economía política, etc.); por último, en función de las múltiples problematizaciones que ha ejecutado en lo que respecta a los más variados campos del estudio metacientífico: filosofía de la ciencia, historiografía de la ciencia, psicología de la ciencia, sociología de la ciencia, lógica de las ciencias, etc.

Dispuesto ante esta paradójica situación que conjuga un máximo de aportes con un mínimo de visibilidad, nuestro escrito intenta, en primer lugar, precisar el conjunto de razones que permitirían dar cuenta del estado de absoluto desconocimiento que caracteriza el estado de la investigación sobre los aportes realizados por el pensamiento deleuziano, en general, al ámbito de los estudios sobre ciencia y, en particular, al campo de la filosofía de la ciencia –al menos en lo que respecta al ámbito nacional–. En lo que respecta al ámbito internacional la situación resulta algo mejor, en tanto existe un conjunto de investigaciones que, desde perspectivas diversas y con las valoraciones más encontradas, atienden a –e intentan precisar la singular modalidad de– la vinculación del pensamiento deleuziano con la cuestión científica. Aún cuando se dedica a reconstruir la filosofía de la naturaleza deleuziana antes que a explorar su filosofía de la ciencia, un texto de suma importancia es *De Landa*, 2002. Otro tanto puede decirse de Marks, 2007. Un intento de contextualización del aporte epistemológico deleuziano que señala un primer movimiento orientado a superar la consideración de la filosofía de la ciencia como una disciplina exclusivamente anglosajona puede verse en Gutting, 2005. Para una exploración de los vínculos de la propuesta deleuziana con el cognitivismo pueden consultarse Žižek, 2006. Para una evaluación –explícitamente negativa– de la intersección entre el pensamiento deleuziano y la cuestión científica puede consultarse Sokal y Bricmont, 1999 y Duffy, 2006 que arroja más de una sombra sobre los enunciados que *Imposturas intelectuales* han pretendido poner en circulación a la hora de valorar los usos de la ciencia implementados por G. Deleuze.

En segundo término, nuestra exposición se propone avanzar en la tarea de precisar la localización que puede asignarse a la filosofía de la ciencia desarrollada por G. Deleuze en el marco delimitado por las principales corrientes que constituyen el campo epistemológico francés (i.e., *la epistemología empirista* de H. Poincaré y P. Duhem; *la epistemología criticista* de G. Bachelard; y *la epistemología ontológica* de H. Bergson) a fin de resaltar dos de los rasgos centrales que operan como condicionantes de su especulación sobre lo científico: su elemento antes ontológico que histórico o gnoseológico y su vocación conceptual antes que apriorística o reconstructiva.

Por último, la exposición se orienta a explorar la singularidad de los desplazamientos suscitados por el deleuzianismo en materia de filosofía de la ciencia así como también la especificidad de los problemas que afronta –y de las soluciones que propone– en el momento mismo cuando se apresta a llevar a su cumplimiento la tarea más importante que signa a su proyecto epistemológico: concebir un concepto de lo científico dispuesto a la altura de una ontología que hace del ser una repetición de la diferencia; y del pensamiento una diferencia en la repetición.

## **1. CONFIGURACIÓN ACTUAL DEL CAMPO DEL DEBATE**

El actual estado de composición del campo de los estudios filosóficos sobre ciencia bien podría ser caracterizado a través de cuatro rasgos: 1) el carácter prescindible, no necesario, poco importante, poco interesante, según el cual tiende a concebirse la actividad de la filosofía de la ciencia. Una falta de necesidad que deriva, en buena parte, de la explícita reticencia con que dicha disciplina ha tendido a vincularse con la tarea de pensar lo científico en su relación con lo social, lo político y lo económico y que, en esta última condición, no puede subsanarse sino por la vía del recurso a una cierta compulsión o coacción institucional; a un cierto ejercicio del pensar que si logra imponerse no lo hace en virtud de su capacidad para interpelar al sentido común sino a partir de los privilegios de inmunización que le otorga su particular emplazamiento institucional. Tal situación resulta alarmante, cuanto menos, en un doble sentido. Por una parte, en tanto es cada vez mayor –sobre todo en lo que respecta a las nuevas generaciones de científicos– la comunidad científica a la cual el actual estado del debate epistemológico tiende a resultarle abstracto y extraño en lo que refiere al pensamiento de las condiciones, las necesidades y los requerimientos de su propia actividad. Por otra, en tanto la voz dominante al interior de esa mayoría de la comunidad científica, pareciera no lograr ejercerse en otro sentido más que aquel que procede demandando ya una mayor reducción –y, subsecuentemente, una mayor especialización– de la filosofía de la ciencia a y en lo metodológico, ya una mayor radicalización en lo que refiere al ejercicio de la crítica de lo científico y que, según esa misma condición, no puede organizar su rechazo de la agenda propuesta por la filosofía de la ciencia actualmente imperante sino en la forma de una demanda de mayor dedicación a la metodología o al cuestionamiento de lo científico que se desentiende completamente de la tarea de volver a pensar su concepto. 2) La organización bipolar del debate entre tradiciones de investigación, a un lado el conjunto de los discursos anglosajones (*i.e.*, positivismo lógico, racionalismo crítico, filosofía historicista, filosofía analítica y nuevo formalismo), y considerados en su conjunto, los discursos anglosajones sobre ciencia pueden caracterizarse a partir de los siguientes rasgos: a) ejercen una suerte de apología ética de la verdad científica, presentan la ciencia como algo que necesita ser defendido y que se encuentra constantemente amenazado por la posibilidad de la desvalorización; b)

identifican lo central de la labor de la filosofía de la ciencia con la tarea de formalizar las teorías científicas, esto es, con ejercicio de una operación de sistematización y reconstrucción racional de los enunciados científicos; y c) organizan su concepción de lo científico en función de las cuestiones del conocimiento, el descubrimiento y la representación y, por tanto, a partir de una manera de pensar cuya apuesta más importante reside en reproducir con la mayor fidelidad posible aquello que ya se encuentra dado en otra parte, otro, el plexo de los discursos alemanes (*i.e.*, fenomenología, hermenéutica y teoría crítica); por su parte, los discursos alemanes sobre ciencia pueden, en general, caracterizarse a partir de los siguientes rasgos: a) promueven una ética de la limitación de la actividad científica, entienden que el desarrollo de la actividad científico-tecnológica encarna, de una u otra manera, un peligro para los hombres y suponen, por tanto, que dicho desarrollo debe ser regulado desde afuera; b) concentran la parte más importante de su labor en la tarea de interpretar el sentido de la actividad científica y, bajo esta condición, en una emisión discursiva orientada a resignificar una actividad científica que, por su propia naturaleza, se encuentra constantemente amenazada de perder el rumbo; y c) articulan su pensamiento de lo científico a partir de las cuestiones de la técnica, la transformación y la manipulación o, lo que es lo mismo, tienden a concebir lo científico en la forma de una actividad que ejerce una coacción sobre el mundo a fin de acomodarlo a un ideal en todo abstracto. 3) La articulación de dicho debate bajo la forma de un consenso en el disenso o, lo que es lo mismo, un doble disenso consensuado que permite sostener, a un lado, que el concepto de ciencia es antes que el objeto de una creación, una producción o una construcción –esto es, el producto de un cierto trabajo inmaterial discursivo de producción de sentido y valor– bien un sentido común, bien una naturaleza del pensamiento; y, a otro, que la función de la filosofía de la ciencia no es crear sino controlar y, según esa condición, ya contemplar (saber la ciencia: conocerla en su verdad y en la universalidad de su verdad), ya reflexionar (determinar el método o la finalidad de lo científico), ya comunicar (divulgar el conocimiento científico, denunciar los excesos de la ciencia); y 4) la preeminencia de las metáforas cognitiva y técnica en la conceptualización de lo científico, es decir, la tendencia a sostener que la ciencia es antes técnica o conocimiento que actividad de pensamiento.

Remitido al ámbito argentino de los estudios sobre ciencia, el tratamiento conjunto de estos cuatro rasgos demanda la consideración de una quinta característica sin la cual resulta imposible avanzar en la tarea de precisar la particular naturaleza de los obstáculos que enfrentamos: la tradición anglosajona en filosofía de la ciencia campea por doquier, a un punto tal que ha logrado hacer pasar por universales, esto es, por condiciones necesarias para el ejercicio de cualquier posible pensamiento de lo científico, un conjunto de coordenadas que no dan cuenta de otra cosa sino de las necesidades que signa la especificidad de sus propias tareas. Dicho rápidamente, a cuarenta y cinco años del último gran sismo que afectó a su tradición –un terremoto por lo demás, completamente interno, la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas*– los representantes

argentinos de las variantes ortodoxas de la tradición anglosajona aún pretenden poseer no sólo la respuesta correcta a la totalidad de las preguntas de la filosofía de la ciencia, sino ante todo la correcta formulación de al menos cuatro de sus problemas fundamentales, a saber: que preguntar por la ciencia es poco más que un mero ejercicio retórico, una simple estratagema orientada a resaltar algo de por sí evidente (*i.e.*, la ciencia es teoría); que cuestionar una filosofía de la ciencia es juzgar el conjunto de los aportes lógicos y metodológicos, realizados por ella, a la cuestión de la garantía de verdad; que caracterizar el funcionamiento de una filosofía de la ciencia es preguntar por el tipo de análisis que ésta puede realizar de las teorías científicas; y en último término, que indagar la relación de la filosofía con la ciencia implica determinar la modalidad reflexiva según la cual una cierta disciplina del pensamiento se vincula con su objeto.

## 2. LUGAR DEL PENSAMIENTO DELEUZIANO EN EL CAMPO DEL DEBATE EPISTEMOLÓGICO

En el contexto de los debates que tienden a promover la mayor parte de las instituciones socialmente institucionalizadas en Argentina, a fin de dar cuenta de las cuestiones propias de la filosofía de la ciencia, debates caracterizados por la ausencia de necesidad, la bipolaridad, el disenso consensuado, el primado de lo técnico y lo cognitivo y, sobre todo, por la prevalencia del pensamiento anglosajón en sus versiones ortodoxas (*i.e.*, el positivismo lógico, el racionalismo crítico y el historicismo); el pensamiento epistemológico de Gilles Deleuze resulta, cuando no lisa y llanamente desatendido, considerado como la expresión de una actitud meramente negativa o, lo que es lo mismo, se asimila al mero estatuto de un irracional ejercicio de la crítica que parece ejercerse sobre la ciencia por el simple gusto de la destrucción.

Posicionados ante consideraciones de este tipo no está demás preguntar quién —sino aquel que se supone dueño de la totalidad del ámbito de la reflexión filosófica sobre lo científico— podría percibir como un acto de destrucción o de cuestionamiento radical el ejercicio de una cierta diferencia, de una cierta alteración, de una cierta iteración en materia de pensamiento epistemológico. En este orden de ideas, la formulación de la pregunta por las condiciones estéticas de esta singular caracterización de los aportes realizados por la filosofía de la ciencia deleuziana permite, no sólo determinar aquella modalidad en virtud de la cual las versiones ortodoxas del pensamiento anglosajón no pueden percibir más que amenazas, allí donde se atisba la posibilidad de ejercer el pensamiento de la ciencia según otras modalidades; sino por sobre todo, sentar las bases a partir de las cuales aún resulta viable considerar *de otra manera*, y diagnosticar según un sentido un tanto menos paranoide, el tratamiento que G. Deleuze ha dedicado a la cuestión científica.

Ejecutar dicho desplazamiento en la perspectiva capaz de significar el tratamiento dedicado por G. Deleuze a la cuestión epistemológica permite además desplegar una imagen completamente diferente de la filosofía de la ciencia deleuziana, una imagen en función de la cual ésta tiende a presentarse ya no como el ejercicio de un asalto que cancela todo lo filosóficamente pensado sobre la ciencia por la tradición anglosajona, sino como la instanciación de una radical toma de distancia, la implementación de un distanciamiento sistemático, que permite a la vez que reconocer a las variantes ortodoxas de la epistemología anglosajona el lugar que les corresponde y se merecen en función de la manera como han tendido a aproximarse a la problemática de lo científico, poner en evidencia la existencia de otras regiones, otros problemas, otras potencias, otros conceptos capaces de ejecutar el movimiento del pensamiento filosófico de lo científico, un conjunto de regiones, problemas, potencias y conceptos que resultan no sólo ajenos sino completamente desconocidos para la tradición anglosajona.

Según esta última condición, el estudio de la obra deleuziana –y de la exploración de la cuestión científica que se desarrolla a lo largo de sus páginas– resulta de importancia no sólo por el conjunto de reformulaciones, contribuciones y desplazamientos que ha tendido a suscitar en torno a algunas de las cuestiones centrales de los estudios sobre ciencia sino, ante todo, porque permite creer que aún es posible para nosotros tomar distancia respecto de esos cuatro rasgos que caracterizan el actual estado del campo del debate filosófico sobre la ciencia y, por tanto, 1) llevar adelante la realización de un programa de estudios epistemológicos que resulta pluralista por principio, esto es, que es capaz de reconocer en cada una de las diversas tradiciones epistemológicas de investigación el sentido y el valor que resultan capaces de producir en función de la singularidad de los problemas que aspiran a afrontar; 2) reformular la necesidad de la filosofía de la ciencia en términos de refuerzo de la resistencia al control que actualmente se ejerce sobre la actividad, la producción y la modificación de la ciencia; 3) dejar atrás el estado bipolar del debate y emprender una vez más la tarea de recuperar, en la especificidad de sus problemáticas, los desarrollos realizados por la epistemología francesa; 4) poner en crisis, de una buena vez el actual estado de disenso consensuado y volver a intentar pensar lo científico, o sea, reabrir la instancia de la pregunta filosófica por la ciencia; y 5) desnaturalizar la pregnancia de las metáforas técnica y cognitiva a fin de intentar continuar avanzando en la tarea de elaborar un pensar que logre concebir lo científico en términos de actividad de pensamiento y, por tanto, como un trabajo inmaterial intelectual y afectivo capaz de emplazar la consideración de la ciencia, a la vez, más allá de aquella actitud que tiende a reducirlo a un mero producto (*i.e.*, concepción de la ciencia como pura teoría) y de esa otra, que sólo puede pensarlo como actividad inespecífica en tanto primero lo supone como una actividad carente de cualquier especificidad (*i.e.*, comprensión de la ciencia como actividad socialmente indiferenciada).

### 3. LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA DELEUZIANA

Tomar estos cinco distanciamientos habilitados por el pensamiento deleuziano de lo científico como punto de partida permite abordar las cuestiones centrales de la actual filosofía de la ciencia, antes mencionadas, (i.e., el concepto filosófico de ciencia, el problema de la filosofía de la ciencia, la caracterización de su función y la indagación de la relación que tiende a establecer con lo científico) no sólo en función de otras respuestas sino también de nuevas preguntas. En la perspectiva deleuziana, la cuestión del concepto de ciencia deja de organizarse según la modalidad de la defensa de una evidencia y tiende a reestructurarse en torno a la necesidad de hacer lugar –en la misma filosofía– a una cierta interpelación suscitada por una ciencia que se crea día a día.

Para Deleuze, la modalidad más profunda de la relación entre ciencia y filosofía no reside ni en la contemplación (reconstrucción racional de las teorías científicas), ni en la reflexión (determinación de las condiciones en función de las cuales un cierto producto científico puede ser considerado como tal), ni en la comunicación (divulgación filosófica de la ciencia), sino en la *interferencia* recíproca. “Un primer tipo de interferencia surge cuando un filósofo trata de crear el concepto de [...] una función [científica...]. La regla en todos estos casos es que la disciplina que interfiere debe proceder con sus propios medios. [...] Son [...] interferencias extrínsecas, porque cada disciplina se mantiene en su propio plano y emplea sus elementos propios” (Deleuze y Guattari, 1995: 218-219).

Por su parte, la cuestión del problema más acuciante de la filosofía de la ciencia deja de residir en la necesidad de diseñar nuevas y más complejas modalidades en una metodología orientada hacia la justificación de sus productos para articularse en saber qué puede hacer la filosofía a la hora de potenciar y fortalecer el conjunto de estrategias que la actividad científica no cesa de desplegar a fin de sustraerse a las funciones de control social, político y económico que se ejercen sobre ella de manera siempre renovada, día tras día. Tal parece al menos ser la línea de aproximación a la cuestión científica propuesta a lo largo de las páginas finales del capítulo III de *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia* donde el fenómeno de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo –y, por tanto, la cuestión de la plusvalía humana– tiende a ser presentado como repetitivo en un proceso paralelo de explotación capitalista de las máquinas técnicas o, lo que es lo mismo, en una suerte de “plusvalía maquínica” que abre la posibilidad de concebir lo científico no tanto como una función de control social, económica y política dispuesta desde su mismo inicio al servicio de la explotación capitalista sino en tanto que función creadora de códigos que sólo puede contribuir a la empresa general de la explotación en tanto resulta subordinada a un Capital que se presenta como la única instancia capaz de mediar, en todos los aspectos, su relación con la fuerza de trabajo humana (Cf. Deleuze y Guattari, 2007: 229-270).

Correlativamente, la cuestión de la función de la filosofía de la ciencia deja de girar en torno a la indagación de las condiciones de corrección de su reflexión sobre lo científico y procede a organizarse como una suerte de exploración de las condiciones según las cuales la interpelación que la ciencia en tanto que actividad creadora de funciones indirectamente dirige a la filosofía, puede ser entendida además como la instanciación de una tensión que invita a elaborar un concepto filosófico de lo científico no ya para la ciencia sino para esa filosofía que resulta afectada por lo científico.\* Por último, la cuestión de la relación de la filosofía con la ciencia deja de entenderse como el encuentro derivado de convergencia entre una ciencia necesitada de vigilancia o disciplina y una filosofía siempre caritativa y dispuesta a operar como la mala conciencia del resto de las actividades, y pasa a comprenderse en términos de instanciación de un azar y una mutua interferencia que sólo pueden devenir necesarios en cuanto alguno de los polos del encuentro accede a la capacidad de responder, no tanto por el otro, sino de aquello que ese otro le genera.

Pero la confirmación de este conjunto de desplazamientos operados por el pensamiento deleuziano de la ciencia serviría de poco frente a esa acusación que las versiones ortodoxas de la filosofía de la ciencia anglosajona gustan en dirigir contra la epistemología francesa, a saber: que la originalidad de su perspectiva difícilmente puede ir más allá de un cierto desplazamiento suscitado en el interés epistemológico, esto es, en el privilegio de las denominadas cuestiones “externas” por sobre las “internas”. Dicho de otra manera, que la supuesta originalidad del pensamiento epistemológico francés no expresa otra cosa sino su estrechez de mirada, su obstinación en no pensar la ciencia si no es a partir de la presencia de lo social, lo económico y lo político en lo científico; su incapacidad para desarrollar una filosofía de la ciencia que no proceda de la renuncia a considerar ese conjunto de cuestiones que caracterizan la naturaleza primera de la ciencia y, correlativamente, de la dedicación casi exclusiva a las cuestiones derivadas de la consideración de esa naturaleza supuestamente segunda que le adviene a lo científico bajo el efecto de sus relaciones con lo histórico, lo psíquico, lo económico, lo social y lo político.

Ante esta situación, de poco sirve dedicar nuestras energías a defender la importancia de las perspectivas externalistas. En primer lugar, porque la proyección de dicha acusación contra la epistemología deleuziana no evidencia más que un profundo desconocimiento de su obra, una obra que aborda simultáneamente tanto las cuestiones tradicionalmente denominadas “internas” (i.e., determinación de la naturaleza de lo científico en *¿Qué es la filosofía?*) como las “externas” (i.e., abordaje y tratamiento de la cuestión de las relaciones de lo científico con lo social, lo político, lo económico, lo psíquico y lo histórico en *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia* y en *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*). En segundo término,

---

\* Para un claro ejemplo de realización de esta novedosa caracterización de la función y el funcionamiento de la filosofía de la ciencia, Cf. Deleuze y Guattari, 1995: 117-135.

porque obstinarse en dicha discusión implica descartar de ante mano la posibilidad de explorar otro modo de organización del pensamiento filosófico de lo científico, uno que ya no se organice en torno a la dualidad de lo interno y lo externo, lo privado y lo público, lo primario y lo secundario sino en términos exclusivamente topológicos, esto es, el despliegue de una potencia de creación que se articula no en función de las cuestiones de la esencia, la pureza, la limitación y la justificación sino de las problemáticas que emergen de la consideración de puras relaciones: la relación de la ciencia con su concepto, de lo científico con la filosofía, etc.

En efecto, el problema no reside en argumentar a favor o en contra del “primado de lo externo”. El problema –como siempre ocurre en aquellos debates donde las posiciones del desacuerdo tienden a presentarse acordadas de antemano– se encuentra en otra parte: en desplazar las potencialidades de la filosofía desde una cierta función crítica que no se ejerce más que a condición de respetar el establecimiento de unos límites fijados de antemano hacia una función creadora que reorganiza los límites del debate en función de aquello que resulta capaz de crear. Por último, porque resignarse a considerar los aportes realizados por la epistemología francesa en términos principalmente “externalistas” implica volverse incapaz de percibir y, por ello mismo, de valorar y de significar todo aquello que en la obra deleuziana podría resultar considerado como radicalmente innovador, aún en el marco delimitado por las coordenadas propias del pensamiento “internalista” de lo científico, a saber:

1) En lo referente al desplazamiento que opera en la concepción del funcionamiento de la ciencia: en G. Deleuze, la función de la ciencia no es ni la dominación (el control de lo dado) ni la representación (su reproducción) sino la creación y, más precisamente, la elaboración de un pensamiento capaz de determinar funcionalmente las relaciones entre lo dado; “las ciencias, las artes, las filosofías son igualmente creadoras” “Hay tanta creación en la ciencia como en la filosofía como en las artes” (Deleuze y Guattari, 1995: 11 y 128).

2) En lo relativo a la alteración que se suscita en la concepción de la naturaleza de lo científico: la ciencia deleuziana no es ni mera actividad ni puro conocimiento sino un modo singular del pensamiento, un modo de ideación que procede por funciones. “El objeto de la ciencia [...] son [...] funciones que se presentan como proposiciones dentro de unos sistemas discursivos. [...] Una noción científica se determina por [...] funciones” “Las funciones científicas no preexistentes hechas y acabadas; hay que crearlas” (Deleuze y Guattari, 1995: 117 y 129).

3) En lo que respecta a la imagen de la ciencia: para G. Deleuze, la ciencia es antes que técnica o proposición, idea que encuentra en lo técnico su uso más bajo, más vulgar, y en la proposición su condición negativa, la constante confirmación de que hablar nunca fue una razón suficiente para pensar. Para la crítica deleuziana de la reducción de lo científico a lo proposicional y, en general, del proyecto

logicista anglosajón (Cf. Deleuze y Guattari, 1995: 136-163). Para el ejercicio de una consideración de la actividad científica que se distancia tanto de su reducción al estatuto de una técnica como de su comprensión en términos ante todo teóricos (Cf. Deleuze y Guattari, 2002: 368-379).

4) En lo que concierne a la determinación de la esencia de lo científico: la ciencia deleuziana no es ni mera *theoresis*, ni pura *praxis*, sino *poiesis*, puro proceso de producción que se despliega a medio camino, en una suerte de constante realimentación de la mutua interferencia entre *praxis* y *theoresis*. La formulación de esta idea de una *poiesis* que se desarrolla entre una *theoresis* y una *praxis* puede encontrarse en Foucault y Deleuze (2005).

5) A la hora de determinar el ámbito de lo científico: el elemento de la ciencia no es ni la verdad y la referencia, ni la finalidad y el significado sino la composición y el sentido. Pensar científicamente no es ni corresponder lo visto con lo dicho, ni ordenar y sistematizar lo concebido sino problematizar, esto es, vincular un conjunto de singularidades a través de sus diferencias. El punto de partida de esta concepción de lo científico puede encontrarse en la revisión realizada por Deleuze del proyecto nietzscheano orientado hacia la constitución de una ciencia activa y, por tanto creadora, que encuentra su modelo ya no en la moral sino en el arte (Cf. Deleuze, 1998).

6) En la especificación de la naturaleza de su creación: en G. Deleuze, la forma del producto de lo científico no es ni hipotética (un conjunto de creencias verdaderas y justificadas) ni nomológica (un sistema de leyes universales o generales) sino problemática (una distribución de elementos singulares cuyas relaciones genéticas, de derivación y de integración resultan determinables a través de funciones diferenciales). “El modelo es problemático, y ya no teorematizado [...]. No se va de un género a sus especies, por diferencias específicas, ni de una esencia estable a las propiedades que derivan de ella, por deducción, sino de un problema a los accidentes que lo condicionan y lo resuelven” (Deleuze y Guattari, 2002: 368-369).

7) Y en lo que comporta a la lógica del pensamiento científico: en tanto atiende preferencialmente al caso, a su singularidad y a la diferencia en él, la ciencia deleuziana tiende a presentarse abductiva antes que deductiva (pura explicitación de aquello que ya se sabe) o inductiva (mera generalización de lo percibido). La indirecta consideración del problema de las relaciones entre deducción, inducción y abducción a través del ejemplo de la medicina, sus vínculos con la creación y la tesis del primado de la sintomatología que supone una lógica abductiva, por sobre la patología (inducción) y la terapéutica (deducción) puede encontrarse en Deleuze (2001: 19-21).

La consideración conjunta de estos siete desplazamientos tiene como principal efecto para señalar el límite preciso en función del cual cualquier intento de armonización entre el pensamiento deleuziano de la ciencia y los desarrollos realizados por las versiones ortodoxas de la epistemología anglosajona se encuentra —y no por falta de conocimiento mutuo o por mera resistencia a la búsqueda de una mayor complementariedad sino de manera necesaria— condenado al fracaso: lo único que vincula a la epistemología deleuziana con las variantes ortodoxas del pensamiento epistemológico anglosajón es la distancia, una distancia que afecta no sólo a las cuestiones habitualmente consideradas “externalistas” sino, ante todo, al propio tratamiento “internalista” de lo científico.

#### 4. LA EPISTEMOLOGÍA DELEUZIANA EN CONTEXTO

Correlativamente, la especulación deleuziana sobre lo científico debe ser entendida como uno de los principales aportes contemporáneos al campo de los estudios filosóficos sobre ciencia realizados por la tradición epistemológica francesa de los últimos sesenta años. Más aún, considerado en este sentido, el tratamiento dedicado por G. Deleuze a la cuestión científica puede entenderse como un caso ejemplar que condensa en toda su pureza cuatro de los principales rasgos característicos de la tradición epistemológica francesa: primero, la comprensión noética de lo científico, esto es, la concepción de la ciencia antes en términos de pensamiento que de conocimiento o actividad. Segundo, el ejercicio de una valoración selectiva de lo científico o, lo que es lo mismo, la consideración de la ciencia no tanto como un valor en sí y universal, que vale en sí mismo y/o para todos, que compromete a la filosofía de la ciencia con la función sacerdotal de repetir a cada momento el canto de su apología, tampoco como una de las expresiones más puras y contundentes del mal y de los peligros contemporáneos, sino como un valor que remite en su condición de valoración a una instancia diferencial o, algo que vale en función de la relación a partir de la cual resulta valorizado; el modelo de esta valoración diferencial de lo científico que hace depender el valor de la ciencia de la singular modalidad en función de la cual tiende a constituirse su actividad, puede rastrearse, cuanto menos, hasta la obra de G. Bachelard donde la ciencia expresa un valor claramente negativo en tanto se reduce a presentarse como un conjunto de conocimientos ya adquiridos, esto es, como un saber ya dado y con un valor evidentemente positivo en cuanto se dispone como una actividad que procede a *contrario* de la opinión (Cf. Bachelard, 1972: 7-26). Tercero, por su caracterización del elemento de lo científico antes en términos matemáticos que lógicos o interpretativos, es decir, por su matematismo, por su disposición a armonizar las matemáticas con la experiencia; y por último, en virtud de su comprensión de la modalidad de ejercicio de lo científico según el modo de la creación y no de la representación o de la manipulación.

De cualquier manera, la filosofía de la ciencia deleuziana no sólo comporta un marcado carácter noético, axiológicamente selectivo, matematizante y creacionista, sino que tiende además, a desplegarse en su propia elaboración a partir de una fuente ontológica y no gnoseológica o histórica. Atender a este quinto rasgo, característico del abordaje deleuziano de lo científico, permite avanzar un paso más en la tarea de precisar el emplazamiento inherentemente francés de su propuesta. En efecto, entendida en función de este último rasgo, la filosofía de la ciencia deleuziana emerge al remitir sus fuentes a una variante muy precisa de la epistemología francesa. Antes que a esa corriente empirista iniciada por P. Duhem (1861-1916) y H. Poincaré (1854-1912) que supone la independencia de la ciencia respecto de la filosofía y define la filosofía de la ciencia como una instancia metarreflexiva capaz de abstraer la lógica de los productos y de los métodos de la ciencia o a la variante criticista desarrollada por L. Brunschvicg (1869-1944) y G. Bachelard (1884-1962) para quien la ciencia es un conocimiento de primer orden y la filosofía de la ciencia es una instancia crítica apta para exponer las condiciones históricas de posibilidad de ese conocimiento; la epistemología deleuziana remite a la corriente ontológica abierta por H. Bergson (1859-1927), que sostiene la independencia de la filosofía respecto de la ciencia y orienta la filosofía de la ciencia no tanto hacia la investigación de las condiciones lógicas o históricas del conocimiento científico sino hacia la tarea de elaborar un concepto capaz de dar a pensar aquello que la ciencia es.

Sea como fuere, aquello que no puede dejar de sorprender es que una propuesta tan idiosincrática y, a la vez, originalmente francesa haya podido pasar por completo desapercibida en el contexto nacional de los estudios filosóficos profesionales sobre ciencia. Explorar los motivos de este desconocimiento abre la posibilidad de precisar el conjunto de obstáculos que, en la actualidad de nuestras investigaciones, tiende a dificultar –y mucho– la comprensión de la especificidad del proyecto epistemológico francés: primero, el tratamiento fragmentario que actualmente tiende a dedicarse a la obra epistemológica de los pensadores franceses, un tratamiento que impide la plena captación de la singularidad de sus propuestas, a la vez que favorece su asimilación a una serie de marcos de referencias y de problematización, que aún cuando pueden resultar completamente evidentes para nosotros, resultan ajenos a la especulación francesa. Segundo, el proceso de “anglosajonización” del ámbito nacional del campo de los estudios filosóficos sobre ciencia iniciado en la década del 60 y plenamente logrado a lo largo de los años 80 que condujo a la progresiva expulsión y marginación institucional no sólo de las fuentes bibliográficas francesas sino, ante todo, del cuerpo de intelectuales que se especializaban en ellas; tercero, el conjunto de las estrategias de negación (“no hay epistemología francesa, la filosofía de la ciencia siempre fue una cuestión anglosajona”), de reducción (“la epistemología francesa acabó con Bachelard, tal vez con Althusser”) y de denegación (“la producción epistemológica francesa contemporánea supone un conjunto de problemas provinciales que no resultan importantes más que a los parisinos”)

sistemáticamente desplegadas por los principales representantes vernáculos de la tradición epistemológica anglosajona (M. Bunge, G. Klimovsky, M. de Asúa, etc.). Cuarto, la articulación del campo del debate filosófico en torno a la ciencia en la forma de un disenso consensuado entre la tradición anglosajona y la alemana que nos dispone a aceptar la epistemología francesa en un marco de referencia inherentemente alemán; quinto, el rol mediador ejercido por la *French Theory* norteamericana en aquello que se refiere a la difusión de la filosofía francesa posterior a la década del sesenta, una mediación que supone una presentación edulcorada de sus principales pensadores y que tiende a reforzar la subordinación de la inteligibilidad de su producción filosófica a un marco de referencia que no es el suyo: el de la fenomenología y la hermenéutica alemanas. Revisada en función de este conjunto de obstáculos, la sorpresa inicial modifica radicalmente la naturaleza de su contenido: aquello que ahora nos sorprende no es tanto que la propuesta epistemológica deleuziana resulte completamente desconocida sino, por el contrario, que alguna vez haya podido dedicársele la más mínima atención.

## 5. EPISTEMOLOGÍA Y ONTOLOGÍA

Remitida a su filiación bergsoniana, la filosofía de la ciencia deleuziana aparece profundamente influenciada por la problemática ontológica y, en el límite, como una suerte de intento de transposición de sus principales tesis ontológicas al ámbito del pensamiento del concepto de lo científico. Entendida en este sentido —y a distancia de otras variantes de la filosofía de la ciencia francesa que toma como punto de referencia para sus investigaciones una problemática bien gnoseológica, bien historiográfica— la especulación deleuziana sobre lo científico se presenta fuertemente condicionada por las singulares características que asume su indagación acerca de lo que es: la concepción del ser en términos de repetición de la diferencia y la comprensión del pensamiento en tanto que es un ejercicio de una diferencia en la repetición.

En efecto, el pleno cumplimiento del doble objetivo que caracteriza al proyecto ontológico deleuziano no sólo supone el ejercicio de un cierto distanciamiento lógico respecto de la representación sino, ante todo, la implementación de una crítica radical del conjunto de operaciones en función de las cuales la representación resulta capaz de subordinar una diferencia que la excede por los cuatro costados: 1) la *identidad en el concepto* que, al reducir la diferencia pensable a la diferencia específica, torna imposible el pensamiento de una diferencia ontológicamente soberana; 2) la *analogía en el juicio* que, asimila la diferencia a la diferencia genérica, abroga cualquier posibilidad de asignar a la diferencia un rol ontológicamente individuante; 3) la *oposición en los predicados* que, hacen de la diferencia una diferencia meramente formal, cancela de antemano cualquier oportunidad de entenderla en términos de distanciamiento

ontológicamente afirmativo; y 4) las *semejanzas en la percepción* que, confunden la diferencia con la diferencia individual, y tienden a reducir el pensamiento de lo ontológico en la diferencia al mero reconocimiento de las particularidades de lo empírico.\*

Pero lo que es aún más importante es que la realización de esta crítica de las cuatro operaciones que organizan la sumisión de la diferencia a un pensar entendido en términos de representación permite a Deleuze, no sólo quebrar la asimilación de lo que es la identidad, sino también remitir la esencia del propio pensar a un elemento totalmente diferente al de la representación: la repetición. Este y no otro es el desplazamiento lógico-ontológico que a la vez que permite articular la innovadora aproximación deleuziana a la cuestión resulta capaz de explicitar aquella clave de lectura en función de la cual es posible precisar la importancia de las modificaciones que la atención a los aportes introduce al interior de la misma filosofía de la ciencia: lo científico refiere al mundo, al ser, a lo real pero lo real no es identidad representable sino repetición de la diferencia; la ciencia, por su parte, es pensamiento, creación de pensamiento, pero el pensamiento no es representación sino instanciación de una diferencia en la repetición de la diferencia real.

## **6. ONTOLOGÍA Y GNOSEOLOGÍA**

Sea como fuere, la transposición de la ontología deleuziana al ámbito del pensamiento de un concepto de lo científico no puede realizarse sin articular primero una cierta corrección que permita dar cuenta de la singularidad del fenómeno de la cognición científica. En efecto, la ciencia no sólo es pensamiento, es pensamiento que conoce. En este sentido, un programa ontológico orientado a concebir lo científico en términos de un pensamiento que no es, por principio, ni representacional ni representativo difícilmente podría realizarse sin tomar primero uno de estos dos caminos: bien rechazar la consideración de la dimensión gnoseológica de lo científico y condenarse a elaborar un concepto de ciencia, en cierta forma, menor a aquella ciencia que puede ser pensada; bien a avanzar en la tarea orientada a determinar una modalidad cuya actividad científica de conocer pueda entenderse como una capacidad a una potencia que se ejerce a distancia de la representación.

Que el ser sea repetición de la diferencia, diferencia que se repite, que no cesa de desplazarse respecto de sí mismo quiere decir que lo real en función del cual, deben entenderse tanto la naturaleza, la sociedad, el mundo, el universo estudiados por la ciencia, así como también la operación de cognición que es *el pensamiento científico*, no pueden ser concebidos bajo otra modalidad que la del

\* Para un análisis detallado de las cuatro operaciones que hacen posible la subordinación de la diferencia a la representación ver Deleuze, 2006: 61-77.

cambio radical, esto es, un estado de constante y continua variación, una pura variación y, por tanto, un caos o, lo que es lo mismo, una velocidad infinita de transformación, una absoluta evanescencia de las formas y una pantalla blanca que contiene la totalidad de las partículas posibles.\*

Pero remitir la ciencia a un real caracterizado en estos términos supone enfrentarse con al menos tres nuevos problemas: ¿Cómo concebir ontológicamente la propia instancia de la cognición científica?; ¿Cómo concebir la naturaleza de esa cognición sin oponerla a la esencia inherentemente mutable de aquello respecto de lo cual la ciencia es conocimiento?; y, por sobre todo, ¿Cómo garantizar que ese conocimiento que no se opone a la naturaleza esencialmente variante de lo real, esto es, variante aún en su misma variación, permita conocer algo en aquello que debe ser conocido?

La respuesta deleuziana a la primera de estas cuestiones es simple: en tanto no puede concebirse existente por fuera de lo que es y en tanto aquello que es, se presenta por principio como repetición de la diferencia; el propio pensamiento científico sería un proceso de constante y continua variación y, por tanto, una variable o, lo que es lo mismo, una variabilidad que es antes que cambio de valor o mera indeterminación, pura diferencial de potencia.\*\*

Correlativamente, en tanto producto del pensamiento científico tampoco puede entenderse más allá y por fuera de ese ser que es el caos, las ideas producidas por el pensamiento de la ciencia deben ser tan caóticas, tan mutables, tan variables como lo es la naturaleza de aquello que expresan. Si así no fuera, el logro, la instancia de realización del pensamiento científico no podría alcanzarse más que a *contrario* de la naturaleza de aquello que se aspira a pensar científicamente.

Queda, por tanto, un tercer problema que resolver. ¿En qué sentido podría una idea en sí misma variable permitir a la ciencia conocer algo de un medio caótico que resulta tan potente en su capacidad de transformarse a sí mismo, que no cesa de dar todo a la vez? La respuesta deleuziana es aquí precisa: en un sentido selectivo, extractivo, limitante. Hay conocimiento científico y ese conocimiento es formal, no interpretativo. Aún así, por al menos dos razones, resulta imposible que el conocimiento de la ciencia adopte la forma lógica de una proposición. En primer término, porque ese mismo carácter caótico de lo real que lo sustrae por principio a toda identidad, tiende a tornar imposible la preexistencia de cualquier referencia externa a una proposición. En segundo lugar, porque en tanto el mismo

---

\* Para esta concepción de lo real entendido en términos de caos, Cf. Deleuze y Guattari, 1995: 46, 117-118, 121 y 206-207.

\*\* Sobre esta concepción en que la variable científica se distingue tanto del mero cambio de valor, como de la indeterminación, Cf. Deleuze y Guattari, 1995: 122. Por lo demás, para una distinción entre las variables científicas y las variables proposicionales de la lógica, Cf. Deleuze y Guattari, 1995: 136-137.

pensamiento de la ciencia resulta asimilado a ese caos donde intenta operar, el propio pensamiento científico resulta en principio completamente incapaz de identificarlo. Dicho rápidamente, la forma de la cognición científica no es, no puede ser, la referencia de una proposición representativa a un hecho idéntico, primero, porque no hay nada que identificar en lo real y, segundo, porque ya no es posible identificar nada para la ciencia. La cognición científica es formal pero la forma de esa cognición no reside en la proposición lógica sino en el *functor* (“functor” es el nombre que Deleuze toma de la teoría de categorías matemáticas para designar a los elementos que constituyen las funciones científicas. La clasificación deleuziana de los funtores científicos distingue al menos siete tipos: el límite, la variable, el sistema de coordenadas, el potencial, el estado de cosas, la cosa y el cuerpo. Para una exposición detallada del concepto de functor –del cual, a lo largo de estas últimas páginas, hemos dado una presentación sumamente esquemática–, puede consultarse Deleuze y Guattari, 1995: 117-135), esto es, en el ejercicio de una diferencia en la repetición de la diferencia que es lo real y, por tanto, en la ejecución de una diferencia capaz de 1) instaurar un límite *en* el caos que permita relativizar la velocidad de su capacidad para diferir y, de esta manera, reorganizarla según el modo de una variabilidad ordenada (*i.e.*, desaceleración); 2) no tanto fijar como espaciar, distanciar y, por tanto, extraer una cierta sucesión de formas que pasan, que se forman a lo largo de esa variabilidad ordenada (*i.e.*, extracción); y 3) antes que indicar o señalar una serie de partículas, seleccionar de entre todas las partículas posibles producidas en los infinitos cruces de las diferenciaciones que constituyen el caos, aquellas que tienden a efectuarse en la convergencia, en el cruzamiento de la velocidad variable relativamente ordenada y la sucesión de las formas formadas (*i.e.*, selección)  $\Phi$

## REFERENCIAS

Bachelard, Gastón (1972). *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Bene, Carmelo y Deleuze, Gilles (2003). *Superposiciones*, Buenos Aires: Ediciones Artes del Sur.

De Landa, Manuel (2002). *Intensive Science and Virtual Philosophy*, London & New York: Continuum.

Deleuze, Gilles (1987). *Foucault*, Barcelona: Paidós.

Deleuze, Gilles (1989). *El pliegue. Leibniz y el barroco*, Barcelona: Paidós.

Deleuze, Gilles (1994a). *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*, Barcelona: Paidós.

Deleuze, Gilles (1994b). *La lógica del sentido*, Barcelona: Planeta-De Agostini.

Deleuze, Gilles (1995). *Proust y los signos*, Barcelona: Anagrama.

Deleuze, Gilles (1996a). *El bergsonismo*, Madrid: Cátedra.

Deleuze, Gilles (1996b). *Empirismo y subjetividad*, Barcelona: Gedisa.

Deleuze, Gilles (1996c). *Spinoza y el problema de la expresión*, Barcelona: Muchnik.

Deleuze, Gilles (1997). *La filosofía crítica de Kant*, Madrid: Cátedra.

Deleuze, Gilles (1998). *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona: Anagrama.

Deleuze, Gilles (2001). *Presentación de Sacher-Masoch. Lo frío y lo cruel*, Buenos Aires: Amorrortu.

Deleuze, Gilles (2002). *Francis Bacon. Lógica de la sensación*, Madrid: Arena Libros.

Deleuze, Gilles (2005). *La imagen-tiempo. Estudios sobre cine 2*, Buenos Aires: Paidós.

Deleuze, Gilles (2006). *Diferencia y repetición*, Buenos Aires. Amorrortu.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1995). *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona: Anagrama.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1998). *Kafka. Por una literatura menor*, México,; Ediciones Era.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2002). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Pre-textos.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2007). *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Buenos Aires: Paidós.

Duffy, Simon (2006). *Intensive Mathematics: The Logic of Difference*, Manchester: Clinamen Press.

Foucault, Michel y Deleuze, Gilles (2005), "Los intelectuales y el poder", En: *Deleuze, Gilles, La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*, Valencia: Pre-Textos.

Gutting, Gary (2005). *Continental Philosophy of Science*, Oxford: Blackwell.

Marks, John (2007). *Deleuze & science*, Columbia: Columbia University Press.

Sokal, Alan y Bricmont, Jean (1999). *Imposturas intelectuales*, Barcelona: Paidós.

Žižek, Slavoj (2006). *Órganos sin cuerpos. Sobre Deleuze y consecuencias*, Valencia: Pre-Textos.